

CAPITULO XXXVIII

CAMPO REPUBLICANO

EN la población llamada Matehuala perteneciente á San Luis Potosí, había una fonda bastante regular en una de las cabeceras de la plaza de armas, en cuyo establecimiento culinario se encontraban al medio día reunidos varios oficiales: los unos estaban almorzando, los otros ya habían concluido y seguían al rededor de las mesas bebiendo y charlando y algunos más siguieron llegando hasta no encontrar sitio en qué sentarse.

Pasaba por el pueblo una fuerte sección del Ejército del Norte con rumbo á San Luis, cuando recibió órdenes de quedarse allí en observación de los movimientos del enemigo. Esto era al menos lo que decían algunos de aquellos militares, una vez que los militares por más que estén sujetos á la obediencia pasiva, siempre se permiten emitir opiniones sobre sus movimientos y muchas veces hasta censurar las disposiciones de los superiores.

No había ningún general en la reunión, pero sí co-

roneles, tenientes coroneles, comandantes y capitanes.

En una de las mesitas que se encontraban á la izquierda de la puerta y casi enfrente de una ventana que daba sobre la plaza, estaban comenzando su almuerzo un coronel y un comandante, ambos de infantería. Este último fué el que rompió la conversación diciendo á su acompañante:

—¿Conoces á esos jefes que acaban de entrar?

—Uno de ellos, Martinez, pertenece al cuerpo de Rifleros del Norte. Los demás que ocupan las otras mesas son fronterizos.

—Sí, se conocen por el acento que tienen y por el desparpajo.

—Valientes todos ellos.

—Y patriotas que no hay más que pedir.

—Un poco provincialistas solamente, muy pagados de sí mismos.

—Es natural: han hecho tanto y tan bien en tan pocos meses que deben sentirse muy orgullosos.

—Orgullosos sobre todo de ser mandados por generales como Escobedo, Treviño y Naranjo.

Guardaron silencio y el coronel poniendo los codos sobre la mesa y cogiéndose las mejillas entre ambas manos se quedó muy pensativo.

—Te observo que estás triste de pocos días á esta parte, Ernesto.

—Y tengo muchos motivos, Ramón, tú lo sabes.

—Es verdad.

—Desde luego nos ha contrariado extraordinariamente que no pudiéramos volver al lado del general Porfirio Díaz, como fué nuestro deseo después que

cumplimos con la comisión que nos llevó á Chihuahua.

—No te quejes, Ernesto: demasiada fortuna tuvimos con salir bien librados en una travesía tan peliaguda, y demasiada suerte tenemos ahora entre los *tagarnos* que no nos ven con malos ojos.

—No nos ven mal, es cierto, pero siempre somos para ellos unos estraños: siempre nos critican todo lo que pueden.

—Te diré que en el Ejército del Norte, no solo hay fronterizos, sino gente de toda la República.

—Sí, hasta yankees, franceses y belgas desertados.

—¿Y que más te contraría?

—Ya lo sabes muy bien, quisiera investigar, quisiera saber, quisiera volar, quisiera volverme invisible, ir por todas partes en un momento y saber todo lo que ha pasado con Aurora.

—Ya sabes mucho, según creo.

—Sé lo que ella me dijo en dos cartas tuyas que me llegaron muy retrasadas, sé lo que me escribió Pérez hace unos seis meses y sé realmente lo que me contó el sargento Gallegos que estuvo de guardia en Palacio varias semanas antes de desertarse y pasarse al ejército republicano; he atrapado algunas noticias de esas que llaman *volantonas* en la charla de algunos comerciantes y pasajeros procedentes de la capital; pero todo ello no me aclara la situación convenientemente. Ignoro si Aurora se ha quedado con la loca de Miramar ó si ha regresado á México y en caso de regresar qué garantías ha podido tener para no caer de nuevo entre las garras de Maximiliano.

Ernesto lanzó un suspiro y mordió el pañuelo que tenía en las manos.

—¡Cuidado! exclamó Ramón, vas á hacer que se fijen los camaradas que están cerca de nosotros.

—¿Y qué? ¿Acaso porque soy soldado no he de tener penas? ¿Soy insensible, no pertenezco al mundo?

Llegaban aquí de la conversación cuando oyeron una voz conocida en la calle y por la ventana vieron á un charro lleno de polvo que le preguntaba á un soldado:

—¿A esta fonda dices que vienen ellos á comer?

—Sí, mi capitán.

Entonces conocieron al asistente de Ernesto que hablaba nada menos que con el capitán Morales.

—Pero es extraordinario, exclamó Ernesto levantándose, ¿qué anda haciendo por acá Morales?

—¿Es Morales?

—¡No lo ves! ¿no lo oyes?

—En efecto: son los dos: él y tu asistente.

Y ambos salieron al encuentro del capitán Morales que por su genio corto, que por su conducta tal vez poco correcta, que por mala suerte quizás, no había pasado de capitán. Era valiente, conocía sus deberes militares, pero no sabía llenar el ojo á sus jefes, ni los adulaba, ni les caía en gracia y quizás por eso no lograba ascender ni en tiempos revolucionarios en que se suelen dar saltos enormes en la milicia.

Morales con el mayor gozo pintado en el semblante abrazó á sus camaradas, ellos le correspondieron con igual contento, siendo tan ruidosas las demostraciones que todos los oficiales que había en la sala dejaron de comer y se pusieron á contemplar el alegre

grupo que formaban los tres amigos cerca de la puerta. Ernesto fué el primero que notó que era objeto de la curiosidad de los demás y dijo á sus compañeros:

—Vamos á sentarnos: en la mesa platicaremos.

Pidieron una comida para Morales que parecía traer gran apetito y sin esperar á que le dirigieran preguntas, él mismo mientras le sirvieron lanzó el siguiente párrafo:

—Tuvimos una escaramuza, hace de esto unos cinco meses, probablemente unos dos meses después del día en que ustedes abandonaron el Sur para ir en comisión con Juárez: yo estaba como siempre á las órdenes del chato Diaz, pero él no estaba con nosotros cuando nos dieron una zorra de alma por Tasco: había allí franceses y traidores: nos madrugaron y al grito de ¡sálvese quien pueda! yo tomé para Acapulco, me embarqué para Mazatlán con unos comerciantes, pasé algunos trabajos atravesando Sinaloa y Durango por la sierra, llegué á Zacatecas, estuve unos días con García de la Cadena, tomé por todas partes informes de ustedes y no faltó quien me dijera que estaban incorporados en el ejército del Norte, de manera que ya no me ocupé en otra cosa que en venir á buscarlos. Desde la primera escaramuza á que me referí antes pude tomar rumbo para Oaxaca; pero estaba sediento de aventuras, deseoso de reunirme con ustedes, anhelante por conocer otras tierras, otras costumbres y otras maneras de pelear. Yo dije «nadie es profeta en su tierra» vamos á hacer lazada por la otra punta y . . . y aquí me tienen ustedes.

—¡Buen Morales! dijo Ernesto tendiéndole la mano. Lo mismo hizo el comandante Diaz estrechándole la otra mano con efusión.

—Ya estoy con ustedes, que es lo que más me importaba y ahora á ustedes ¿les corresponde darme colocación.

—No tengas cuidado alguno, mi querido capitán Morales, le dijo Ernesto, yo hablaré al jefe de mi Brigada y me empeñaré en que ingreses á mi cuerpo.

—Solo que tu eres infante y yo soy de á caballo.

—Tampoco te faltará un regimiento de caballería y pronto.

—Gracias. Ahora cuéntame, ¿qué hacen ustedes aquí?

—Parece que estamos en acecho del Macabeo, contestó Ramon.

—¿A quién le dicen el Macabeo, á Miramon?

—Sí. Se ha puesto en campaña y con su actividad acostumbrada, según noticias, ha dado un golpe á la plaza de Zacatecas.

—Ya me lo sospechaba, dijo Morales dándose una palmada en la frente. Hace cinco días estaba yo encaramado en un cerro al sur de Aguascalientes cuando ví pasar una fuerza como de dos mil hombres y dije al verlos: Esos son imperialistas que van á Zacatecas.

—Era nada menos Miramon que se metió allí sin que lo sintieran, y según cuentan, el mismo Juárez se escapó de caer prisionero.

—¡Cómo!

—Parece que venía de Durango con el gobierno y si no ha sido porque sus gentes estuvieron listas para

cambiar las mulas del coche y darles muchos chicotazos, allí lo atrapan. Bien es que el enemigo ignoraba que tenía al alcance de su mano tan buena presa.

—La estrella de D. Benito comienza á relucir de nuevo.

—Tanto como se eclipsa la de Maximiliano.

—¿Y qué han sabido ustedes de Maximiliano? preguntó Morales.

—Aquí los boletines que se publican refieren muchas cosas á que no se puede dar crédito, contestó Ramon; pero las noticias que circulan con visos de verdad son terribles para el austriaco.

—¿Cuáles son por ejemplo?

—Estas. A Carlota la volvieron loca el Papa y Napoleón á fuerza de desprecios. Ella quería dinero y tropas: es lo que sigue queriendo Maximiliano y nada quieren darle: lejos de eso Bazaine lo trata con la punta de la bota. En vez de darle hombres concentra sus fuerzas á México y Veracruz y da orden de que se desenganchen hasta los enganchados al servicio del imperio. En vez de darle recursos, se los quita interviniendo brutalmente en la recaudación de las Aduanas. ¿Qué más? El triunvirato de franceses que tienen el panderero y que son el ministro, el último enviado y el Mariscal, han amenazado al Archiduque con entregar el gobierno á los republicanos si no abdica. . . .

—¿Y por qué no abdica?

—Por animal. Vé que todo el país está en su contra, que se han formado ya tres ejércitos formidables el de Escobedo, el de Corona y el de Porfirio Díaz, que

los americanos sostienen á Juarez, que Napoleón y todos los suyos lo abandonan y se deja embaucar por Márquez y Miramón que le ofrecen resucitar un cadáver.

—¿Qué cadáver?

—¿Qué otra cosa es ya el imperio sino un cadáver?

—No tanto, no tanto, dijo Morales, no se hagan ustedes ilusiones. En primer lugar, Bazaine todavía no se va, y los franceses siguen batiéndose aunque ya sin tomar la iniciativa, luego Maximiliano cuenta con la capital, con Veracruz, Puebla y otras ciudades en que hay fuertes guarniciones. Los jefes imperialistas como Mejía, Mendez, Márquez y Miramón son terribles: hay aun bajo las banderas imperiales unos ocho ó diez mil extranjeros que pelearán como leones, y sobre todo, están de su lado el clero y los ricos que entre nosotros forman una potencia formidable.

—Con todo, dijo Ernesto con convicción, habrá más ó menos obstáculos que vencer, pero la victoria de la República es ya solo cuestión de tiempo. Bastaría la influencia moral de los Estados Unidos, pero además tenemos nuestros ejércitos y la opinión popular que es incontrastable. Aun quedándose los franceses para dar apoyo al trono del archiduque, este tendría que sucumbir á la larga.

—Eso sí, á la larga no digo que no, principalmente si los americanos ayudan con armas y dinero; pero lo que yo sostengo es que todavía tiene que morir mucha gente antes de que veamos flotar nuestra bandera en el palacio nacional.

De la misma manera que nuestros amigos estaban entreteniéndose con su conversación mientras Mora-

les devoraba sus guisos con mucho apetito, en las otras mesas se hablaba en voz alta, sobre la misma materia, de modo que reinaba allí gran ruido de voces y de platos, el cual no era tan grande sin embargo que no dejara penetrar el toque de una corneta tocada en la plaza, que, según dijeron allí, había marcado tres puntos de atención. Todos guardaron entonces el más profundo silencio. Después que otras cornetas repitieron á lo léjos los tres puntos de atención, la corneta más próxima, la que tocaba en medio de la plaza, siguió oyéndose.

—A nuestros cuarteles, señores, gritó uno de los oficiales.

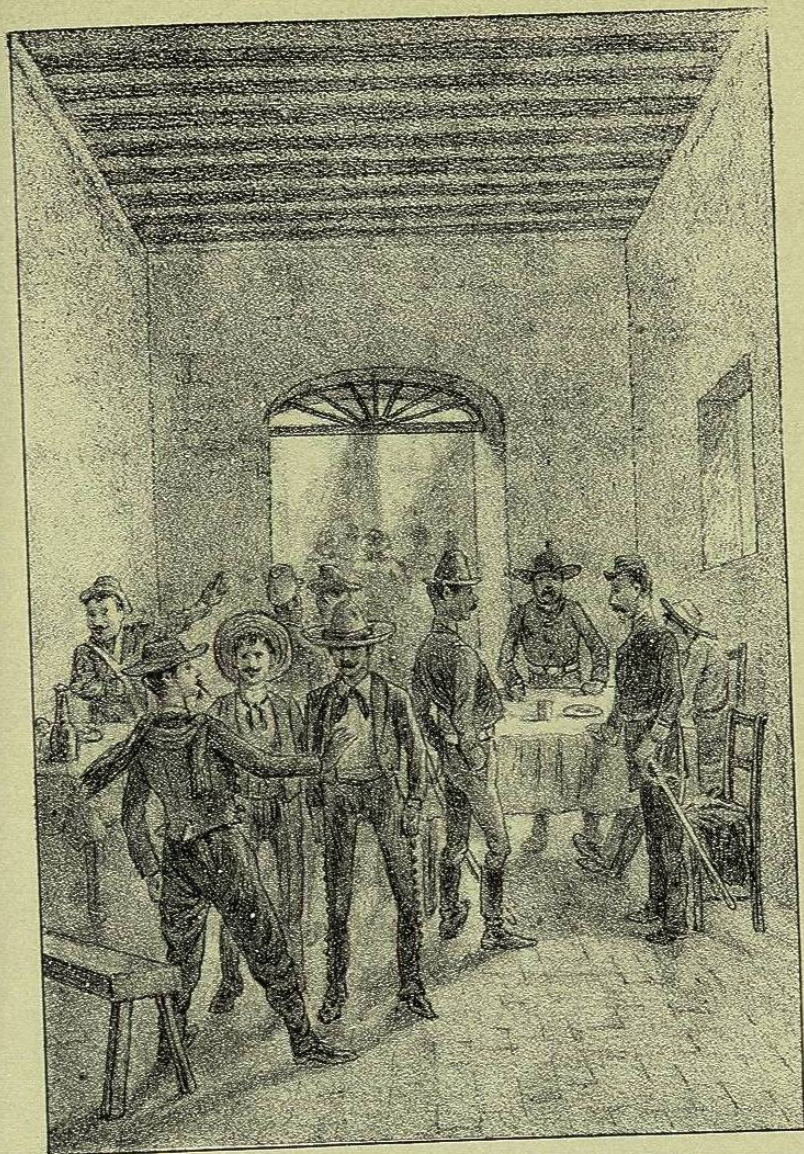
Todos pagaron sus cuentas y se retiraron.

—¿Qué tal caballo traes? preguntó Ernesto á Morales.

—¡Qué caballo he de traer! es un esqueleto.

—Yo tengo uno que darté. Sobre la marcha, porque vamos á salir, arreglaremos tu colocación.

Efectivamente, tres horas después salía toda la Brigada compuesta de dos mil hombres á acampar á cuatro leguas de distancia de Matehuala, para esperar al enemigo.



A nuestros cuarteles, señores, gritó uno de los oficiales.